

El Pê-le-Mê-le

POUR TOUS & PAR TOUS

SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

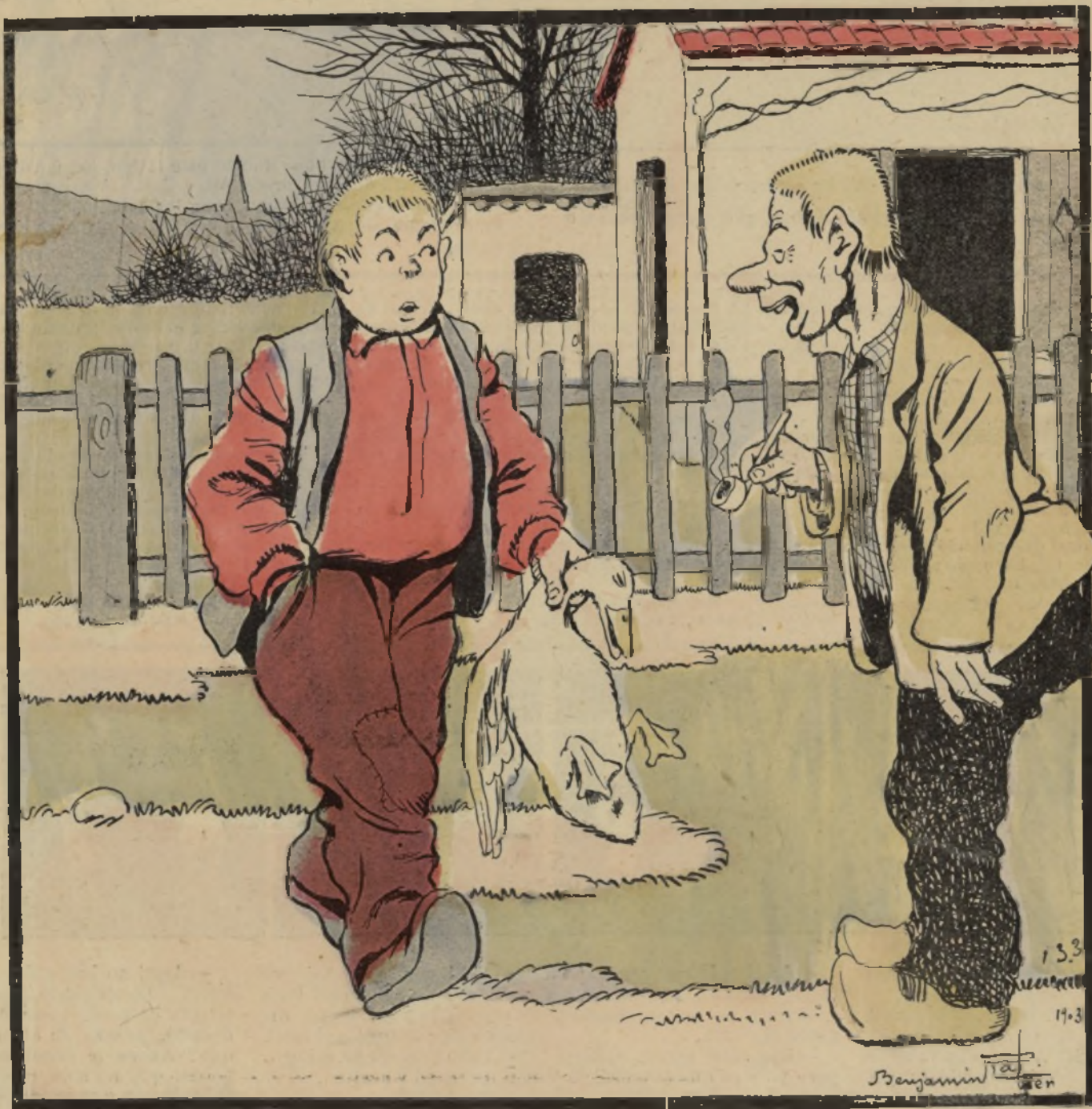
SUBSCRIPCIONES:		
España	1 año	7'50 ptas.
	6 meses	4
Unión postal	1 año	10
	6 meses	5'50

DIRECCION:
PARÍS — 7, Rue Cadet, 7 — PARÍS

Reservado todo derecho de reproducción ó traducción

El pago de las suscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe baje sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet, París.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral. E



— ¿Sabes qué pienso, Bartolo? Que con otra pata más, tendrías cuatro.



JUMERILLA (á quien el médico ha ordenado que beba diariamente un vaso de agua). — ¡Pero, señor, qué repugnancia me causan las drogas!



EL COCHERO. — Es muy fuerte este látigo; lo guardo como recuerdo de mi antigua profesión.

EL AMIGO. — ¿Tan indómitos eran los caballos?...

EL COCHERO. — ¡No... si este látigo lo usaba yo para las personas!

— A que no sabes, papaito, lo que pienso regalarte el día de tu santo?

— ¿Quién sabe!

— Una cosa que te gustará mucho.

— Es difícil acertar.

— Pues bien, te lo diré; pienso regalarte una pipa de espuma de mar y ámbar.

— Pero, hijo mío, si tengo la mejor que hay en esta tierra y ya sabes que me costó mil pesetas y lo contento que estoy de poseerla.

— No la tienes.

— ¿Cómo que no?

— Como que estando yo esta mañana mirándola me ha caído al suelo y se ha roto en cien pedazos.

Con objeto de completar unos trabajos de estadística, pasó un gobernador una circular á todos los pueblos de la provincia de su mando, pidiendo una nota exacta de todas las caballerías que hubiese en ellos.

Y un alcalde ofició del siguiente modo:

«En este pueblo había cinco burros; pero desde que V. E. se fué de aquí la última vez que estuvo, no han quedado más que cuatro.»

— ¿No te bates con Camilo, después de lo que te ha hecho?

— Me es imposible, porque la menor herida sería mortal para mí. Soy todo corazón.

Mujer se queja, mujer se duele, muy enferma cuando ella quiere.

Un noble, que tenía muy bien sentada su reputación de cobarde, preguntaba á un avaro:

— ¿Qué placer os proporciona el ir atesorando escudos y no gastar ninguno?

— Encuentro en ello la misma satisfacción que á vos os causa el llevar espada.

Una conocida literata envió al doctor N. un manuscrito, y con él un billete que decía:

«Remito á la censura de usted el adjunto poema: me urge saber su opinión, porque estoy inspirada, y puede decirse que para cambiar, si es necesario, la forma, tengo las tenazas en el fuego.»

El doctor contestó:

— Mi opinión, señora, es que ponga usted el poema donde tiene las tenazas.



— Este fusil no está bien limpio.

— Pues, señor, crea usted que lo he frotado mucho.

— ¿Sí? A ver, explíqueme usted; ¿de qué modo limpia el fusil?



— Lo limpio con un trapo impregnado de aceite...

— Pues no es eso; ignora usted la teoría.

— Dispense usted, señor; pero yo creo que la teoría es la que le he dicho.



— ¡Ah! ¿con que usted cree conocer bien la teoría? Pues á ver; si la sabe usted, dígame con qué limpia el fusil.

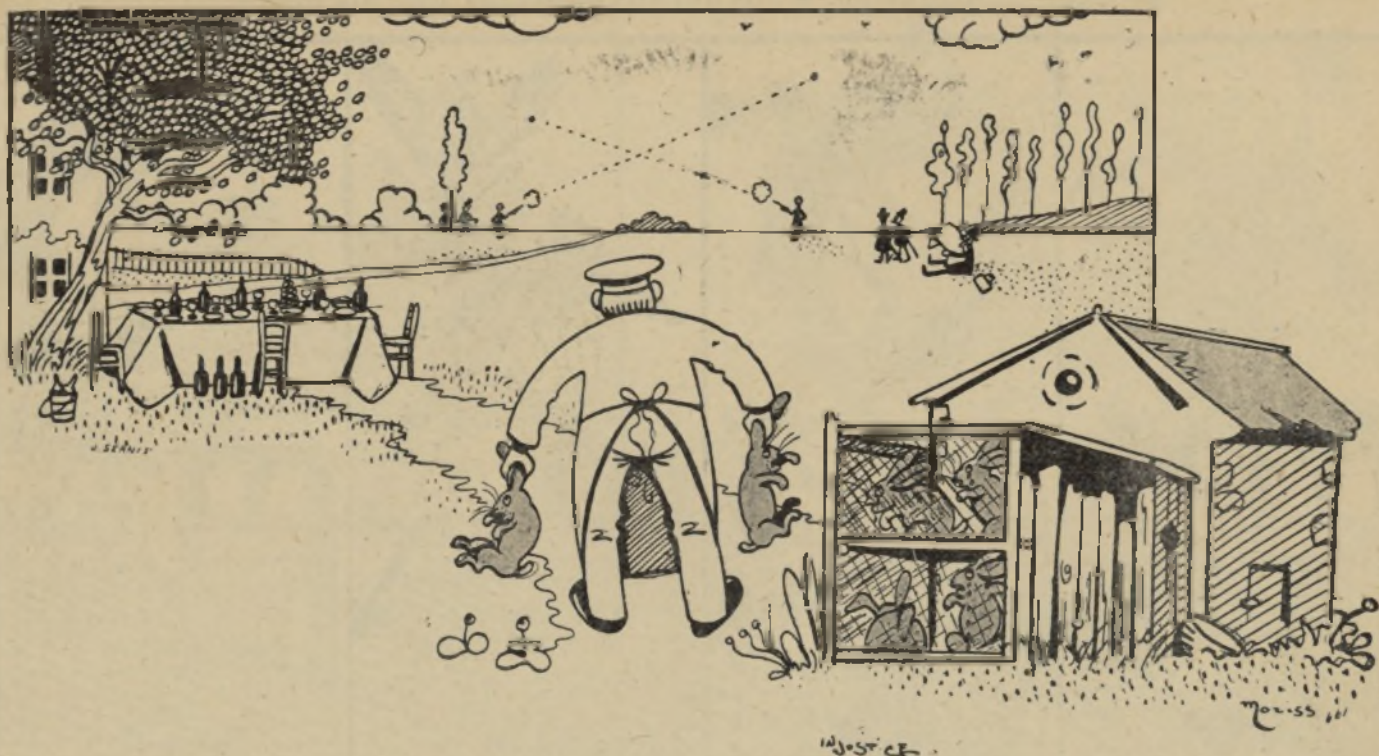
— Ya se lo he dicho, señor... con un trapo y aceite...

— Pues no es eso.

— Señor...



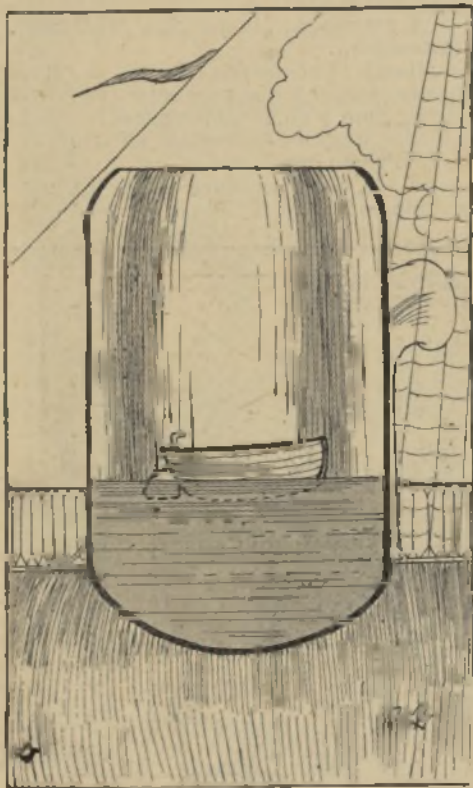
— Aquí no hay señor que valga... Le pregunto con qué limpia el fusil, ¿está usted oyendo, pedazo de alcornoque? Ahora le enseñaré la teoría, que no sabe usted, y cuidado con que se le olvide: el fusil debe limpiarse con cuidado, ¿lo ha oído usted, mostrenco?



Injusticia

Los CONEJOS. — Á todas horas nos motejan de cobardes y tenemos fama de pusilánimes, y sin embargo, en los duelos, somos las únicas víctimas.

Un gran invento del «Pêle-Mêle»



Gracias á este invento notabilísimo, ninguna persona tendrá ya que sufrir el mareo.



Tanto si la ola viene de atrás ...



... como si viene por delante...



... de la izquierda...



...ó bien de la derecha, como el nivel es siempre el mismo, queda suprimido el mareo.

El nido pneumático, ó los inconvenientes del progreso



En Alsacia y en los países rumanos, es costumbre en primavera, cuando las cigüeñas emigran, facilitar la nidada á esas aves (á las cuales se atribuye bienhechora influencia), instalando en los tejados viejas ruedas de carros.

— Df, Ramón: ¿con qué has colado hoy el café? — preguntó un amo á su criado.
— Con un calcetín — repuso éste.
— ¡Cómo! ¡grandísimo bruto! ¿con un calcetín?
— Señor, no hay motivo para que usted se incomode — replicó el doméstico; — el calcetín era mío y estaba ya sucio.

— ¿Qué tal, don Ruperto, hay salud?
— Regular.
— ¿Y dinero?
— ¡Pchel... ¿y usted?
— ¡Pchel!



— ¿Qué trae usted am?
— ¿Pues no lo ve usted? Son esponjas.
— ¿Hay que pagar derecho también por las esponjas?
— No; puede usted pasar.

Un hombre, afligido por las calaveradas de su hijo, se lamentaba ante un egoísta, diciendo:

— ¡Es holgazán, tramposo, está lleno de vicios: ha acibarado mi existencia y la de su pobre madre, y está perdido, perdido, perdido sin remedio...!

— ¡Lo mismo que mi paraguas! — le interrumpió el otro; — perdido desde fines de verano, y... ahora que me acuerdo: ¿quiere usted mirar si por casualidad lo habría dejado aquí?

Un joven llamado Padilla aspiraba á casarse con una hermosa dama, cuyos parientes ocupaban posiciones distinguidas.

— Sólo siento — la decía, — una cosa; y es que, según la historia de España, he tenido un pariente que murió ahorcado.

— Tranquilízate — respondió ella; — sin acudir á la historia antigua, tengo yo en la moderna lo menos diez á quienes debían ahorcar.

En una tienda de sombreros:

— ¿Qué precio tiene esta capota?
— ¿Es para su esposa de usted ó para su prometida?

— Es para mi prometida.
— Pues veinte duros.
— Es muy cara.
— ¿Regatea usted? Entonces es para su esposa. Deme usted ocho.
— Ahí van.

— ¡Usted me engaña! ¡Usted no es casado! Si la capota fuera para su esposa, hubiera querido llevársela por cuatro pesetas.

Disputando:

El uno. — Acabemos. No me gusta hablar con brutos.

El otro (acalorado). — ¡Quien habla con brutos es usted!

— ¡Qué hermoso es Luisillo! — decía una visita de la casa.

— ¡Es muy monol — añadía el padre lleno de orgullo.

— Oye, Luisillo; ¿ya vas á la escuela?

— Sí, señor — responde el muchacho.

— ¿Y qué pasas?

— La gramática... la doctrina cristiana... la aritmética...

— ¿Hasta la aritmética? Vamos á ver si sabes responder á una pregunta que voy á hacerte: ¿uno y uno cuántos hacen?

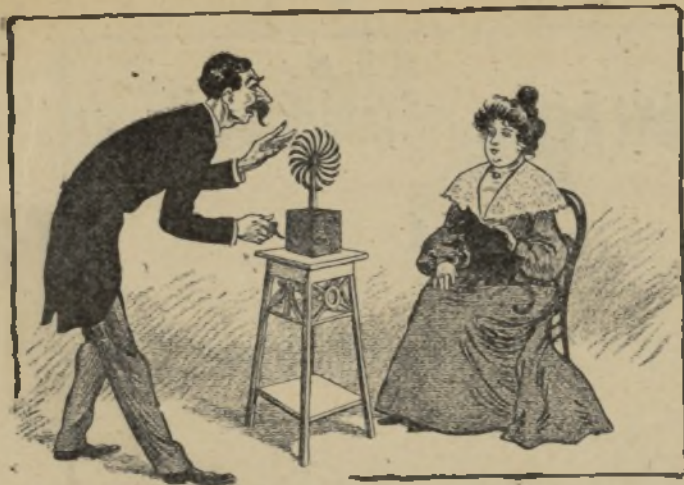
Luisillo, después de meditar un rato:

— Uno y uno hacen tres.

— Ya ves, — dice el padre — la pobre criatura sólo se ha equivocado de un punto.



— Claro que son esponjas... sino que se habían bebido seis litros de alcohol al menos.



EL INVENTOR. — Verá usted, señora, cuán poderoso ventilador es el mío. ¡Atención!... porque es fácil que le cause á usted alguna...



... sorpresa!

Interrogatorio:

El juez. — ¿Cómo se llama usted?

Procesado. — ¿Quién, yo?

— Naturalmente.

— ¿Van.

— ¿Dónde nació?

— ¿Quién, yo?

— Naturalmente, que hablo de usted.

— En Valdetocinos.

— ¿Cuántos años tiene?

— ¿Quién, yo?

El juez (furioso). — ¡No; yo!

— Pues tendrá usted... unos sesenta.

Tienen las mujeres una aritmética especial: si se les pregunta por la edad de una mujer amiga, multiplican por dos; pero dividen por dos si se les pregunta por la suya.

Los que desprecian á la mujer, no la comprenden. — Basora.

En un navío inglés se perdió por descuido la cafetera de plata del capitán, que, al echarla de menos, votó y trinoó como un renegado. Cuando aquella cólera violenta principió á mitigarse, un marinero se acercó y le dijo:

— Mi capitán, cuando una cosa se sabe dónde está, se puede decir que se ha perdido?

— No — respondió el capitán, — y si tú sabes dónde está la cafetera, te ofrezco un buen hallazgo.

— Acepto — repuso el marinero, — y puede usted estar tranquilo por ella, porque yo sé positivamente dónde está.

— ¿Tú! ¿Y dónde?

— En el fondo del mar.

Rodríguez toma todas las cosas con la mayor indiferencia.

Y esto es una suerte.

Como que su carácter es la envidia de todos sus amigos.

Una noche se despierta sobresaltado al oír las campanas de la torre cercana que tocan á fuego.

Abre el balcón y procura adquirir informes.

— ¿Dónde es el fuego? — pregunta al vigilante.

— En una lechería.

— En ese caso, nada hay que temer. No estará lejos el agua.

Y se vuelve á acostar muy tranquilo.

Las mujeres han aprendido á llorar para mejor mentir. — Publio Siro.



— ¿Servirá esta llave inglesa?

— ¿Para qué la quiere?

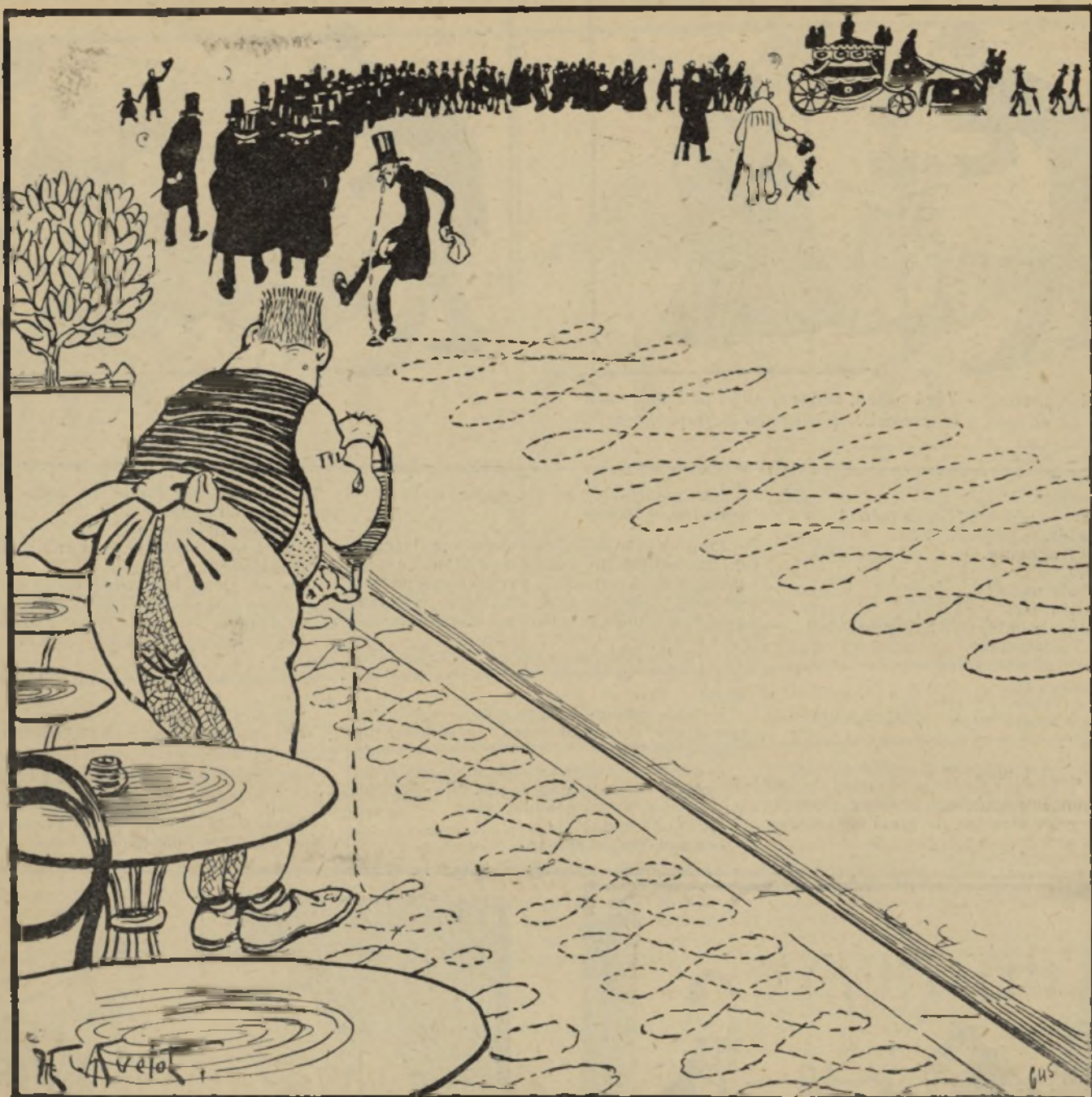
— Pues

Para Fe, que tiene destornillada la cabeza.



— ¡Albricias, querido Pepel! ¡me han vaciado el tumor!

— Pues á mí, querido tío, me han vaciado los bolsillos.



Las lágrimas del borracho

— ¡Qué no daría yo por tener de mozo á ese gentleman! ¡Mire usted qué bien riega!

Juan es todo un buen Juan.

Su mujer le trata poco menos que á zapatazos, sin lograr nunca que salga de sus casillas.

El otro día, delante de unos amigos, le dijo, no sé por qué causa:

— ¡Eres un animal!

Él, tratando de incomodarse, exclamó:

— ¡Cómo se entiende!... A ver, ¡repítele eso!...

— Pues bien: ¡eres un animal! ¡un animal! ¡Lo oyes?

Y Juan, volviéndose á sus amigos, dijo con aire satisfecho:

— ¡Lo ha repetido! ¡Así me gusta! ¡que se me obedezca!

—oo—

Muchas mujeres serían más amables de lo que son, si se olvidasen de que son mujeres.

Marivaux.

En un corro de trabajadores leía uno en voz alta los nombres de las poblaciones en donde habían caído los premios mayores de la lotería:

— Madrid, ídem, ídem, ídem. Barcelona, Granada, ídem, ídem. Sevilla, ídem.

En esta forma siguió leyendo, y concluida la lista, dijo uno de los compañeros:

— ¡Carape! ¡El dineral que tendrá ya ese señor ídem! No hay jugada en la que no saque ocho ó diez premios.

—oo—

Riñeron dos individuos, y uno de ellos amenazó al otro, que era muy cobarde, con darle de palos.

Anduvo el amenazado ocultándose cuanto le fué posible, mas al fin un día le halló su enemigo y le dió unos cuantos garrotazos.

Cuando le dejó, el apaleado exclamó suspirando:

— ¡Gracias á Dios que salí del susto!

— Antonio — decía un bromista á su criado al salir de casa, — si viene alguno á buscarme, dile que no estoy.

Y preguntaba el criado:

— Y si no viene, ¿qué le digo?

—oo—

Un viajero llegó á una ciudad, y halló en la estación del ferro-carril á un antiguo amigo.

— Vente á casa, chico — exclamó éste, — te presentaré á mi mujer, que es un modelo de virtudes.

— Acepto, hombre, acepto: cuando se viaja, no debe desperdiciarse ocasión de ver cosas raras.

—oo—

Donde los hombres son tiranos, las mujeres son falsas; la violencia produce el engaño.

B. de Saint-Pierre.



— Decía que no llevaba ni un céntimo; y al registrarle los bolsillos, le he encontrado seis duros.
— Esto es lo que me carga en nuestro oficio; que siempre se tropieza con personas poco delicadas.

Una señorita entra en un juzgado municipal y pregunta á uno de los empleados:
— ¿Es usted el encargado de los juicios de conciliación?
— Todo lo contrario: soy el encargado de los matrimonios.

Una joven enamorada, por mucha gramática que estudie, nunca llegará al «futuro perfecto».

Un sujeto se acercó á otro en la calle, diciéndole cortésmente:
— ¿Hace usted el favor de decirme qué hora es?
A lo que el otro le contestó con mal modo:
— La hora en que hablan los importunos.
El interpelante le replicó, sin desconcertarse:
— Le daré á usted las gracias cuando sue-
ne la hora en que hablan las personas de educación.

Juanita se ha comido un pastel y se dispone á comerse el otro que queda en la bandeja, cuando le dice Luisito:
— Ya sabes que uno es para mí..
Juanita exclama:
— ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¡Ya no tiene remedio! ¡Me he comido el tuyo!

Las pretensiones de Juventud dan siempre á una mujer algunos años más que los que realmente tiene.

Jouy.



— ¡Eh, Nazariol! Te llama el jefe en la oficina...
— ¿Me llama el jefe? Pues no me da la gana de ir. ¡Dile que se vaya á paseo!



— Bueno. Allá voy.
— Aguarda... Iré yo mismo; pero ¡voto á sanes! será para decirle que haga el favor de no romperme más las oraciones... yo soy clase, y no estoy para entregarme á lo que él pretende seguramente... A faenas de bisonos.



— ¿Me llamaba usted, señor?
— Sí, majagranzas; á ver cómo me limpias en seguida las botas.
— Al momento, señor, y si tiene usted algo más que mandarme, dígamelo en seguida... ¿Quiere usted que le frote las espuelas, el sable...? Ordéneme usted lo que quiera.



— ¿Qué tal? ¿Qué te ha contestado el jefe?
— ¿El jefe? ¡Pobre hombre! Se ha callado como un muerto al verme tan incomodado y que se me salían los ojos de las órbitas... ¡Mira tú! ¡Si hasta quería concederme un permiso de noche para calmarme! Pero no he querido aceptarlo; estoy muy cansado... otro día será...



— ¡Mira qué lindo aparato!
— ¿Y para qué sirve, abuelo?
— ¿No lo sabes? Pues se pone
A los hombres como cebo.



AZOR. — ¡Magnífica liebre? ¿Cómo la ha cazado tu amo?
MEDORO. — ¡Al peso...!

— No puedo resistir más;
A mi dolor no hay remedio.
— Antonio, te queda un medio:
El vivir es por demás...
— ¿Suicidarme? no, ¡jamás!
Esa es acción del demonio.
— Es que hay un suicidio, Antonio,
Que es grato á Dios y á los hombres.
— ¿Grato dices? — No te asombres.
— ¿Un suicidio? — El matrimonio.
J. B.

Uno de dos cazadores que habían matado
respectivamente un mochuelo y una per-
diz, decía á su compañero:
— Mira, si vuelve á sucedernos lo de hoy,
nos arreglaremos así: un día te comes tú el
mochuelo y yo la perdiz, y otro día me como
yo la perdiz y tú el mochuelo.

—
— Cuando soltero, Vicente,
Soñaba que se casaba;
Se casó, y al otro día
Soñó que se divorciaba.

Pide un empleo Tejada.
Pues le ha dicho su Galeno:
— ¿Quiere usted ponerse bueno?
Coma, beba y no haga nada.

A. Ribot.

—
— En un coche de segunda. Un caballero á
dos señoras:
— ¿Les incomoda á ustedes el humo?
— Sí señor.
— Pues entonces voy á encender un ci-
garrito para que se vayan acostumbrando.



INVENTO. — Nuevo fonógrafo,
Columpiador y cantante,
Para que duerma el bebé
Y se diviertan los padres.



— ¿Pero cómo se ha arreglado usted para adquirir y con-
servar su fortuna?
— Muy sencillamente; cuando era pobre, decía que era
rico, y ahora que soy rico, afirmo que soy pobre. Y nada
más.

Rosita, hija de Gedeón, está enferma, y es tan dócil la pobrecita, que toma sin repugnancia todas las medicinas, por mal sabor que tengan.

Y Gedeón, entusiasmado con la bondad de su hija, exclama:

— ¡Es un gusto ver á esta niña enferma!

Un marido dice á su mujer:

— El año pasado tuve tanto frío, que este invierno voy á comprarme un gabán de pieles.

— No apruebo la idea.

— ¿Por qué?

— Porque con tanto pelo vas á parecer más animal que de costumbre.

En una empeñada acción de guerra, un sargento ve caer herido á un capitán, y grita al médico del batallón que ha emprendido la fuga:

— ¡Eh! Doctor, ¡venga usted á curar á un capitán!

— ¡Imposible! — exclama el aludido sin dejar de correr; — voy antes á salvar á un médico...

Mi patrona doña Elena,
Con intención nada buena
Y sin ambages ni ripios,
Asegura á boca llena
Que es señora de principios.
Mas si á ser su huésped vas
De su dicho dudarás.
Pues, aunque le alces el gallo,
Te dará sota y caballo,
Pero principios jamás.

— El primer amor — decía un veterano, — siempre deja rastro. Dígalo, sino, mi pasión por doña Elvira. Fue novia mía el año 25.

— ¿Y la ama usted aún?

— Hombre, no; pero estoy enamorado de su nieta.

Fué llamado un sacerdote para prestar los auxilios de nuestra santa religión á un gitano que estaba en la agonía, y que a los pocos minutos espiró.

El sacerdote, al salir, echó de menos el libro de oraciones, y por mas que lo buscó no lo encontraba, hasta que, lleno de asombro, lo vió bajo la almohada del difunto.

La viuda, entonces, prorrumpió en amargo llanto, diciendo:

— ¡Ah, señor cura! ¡Usted no puede figurarse la alhaja que he perdido! ¡El probecico era una jormiguica para la casa!

En un tribunal:

El presidente. — ¿No se avergüenza usted?

El acusado. — ¿De qué?

El presidente. — Es esta la vigésima vez que viene usted á este sitio.

El acusado. — ¿Y eso que importa? ¿No viene usted también todos los días?

No hace muchos años se ensayaba en cierto teatro una obra dramática en la que había una escena representada por salvajes.

Con tal motivo se trabó el siguiente diálogo entre el portero del escenario y un comparsa recién admitido:

— ¿A dónde va usted?

— Al ensayo.

— No se puede pasar.

— ¡Pero si me han avisado!

— ¡Cómo! ¿Usted trabaja? ¿Es usted cómico?

— No, señor; soy un «salvaje».

Un almirante inglés cayó al mar, y un marinero le salvó la vida, recibiendo en recompensa la cantidad de 50 céntimos.

Un día que el marinero se quejaba de semejante mezquindad, le dijo un amigo:

— Es que el almirante sabe mejor que tú lo que vale su vida.

En unos exámenes de física:

— Diga usted algunas propiedades del calor y del frío.

— El calor dilata los cuerpos y el frío los contrae.

— Muy bien; ponga usted ahora un ejemplo.

— Por ejemplo: los días son más largos en verano que en invierno.

El profesor se murió de repente.

— ¡Carmen! ¡Un pelo en la sopa! —

Exclamó Carlos furioso;

Y contestó la criada

Con inocente sonrojo:

— Pues mire usted; yo creía

Haberlos quitado todos.

Un pobre médico de pueblo que fué á Madrid atraído por las fiestas de Carnaval, estaba un día en las inmediaciones de la Plaza de toros, viendo pasar uno y otro y otro entierro, que se dirigían al Cementerio del Este.

— ¡Caramba! — exclamaba, — ¡qué suerte tienen estos médicos de Madrid!... ¡Cuidado si trabajan!

Defendiendo un abogado á un dependiente de comercio acusado de haber sustraído géneros de la tienda de su principal, exclamaba:

— No es al desgraciado á quien veis en ese banquillo á quien hay que castigar, sino al dueño del establecimiento, que al descuidar la vigilancia de sus mercancías, ha tendido un infame lazo á mi defendido.

En el restaurán:

— ¡Mozo! Estas ostras están pasadas.

— Es posible, señorito.

— Las que me diste el domingo último, estaban muy buenas.

— Pues buenas han de estar éstas, porque son de las mismas.



El buen topo

EL TOPO. — ¡Pobre señor!
El humo va á sofocarle.
Pero abriendo yo el conducto...
¡Qué bien podrá calentarse!



— ¡Arre, arre, matalón!
 ¡Pues no es mandria este rocín!
 ¡No lleva ni un celemin
 Y se hace el remolón!



— ¿Habrá quien tenga en el mundo
 Más amables parroquianos?
 Pagan para columpiarse,
 Y llenan el receptáculo.

Tengo por cosa fatal
 Ser médico, y por desdén,
 Porque sólo á él le va bien
 Cuando á muchos les va mal.

J. Morell.

En el tren:
 — ¿Es usted andaluz?
 — No señor — contesta el interpelado.
 Al apearse, dice despidiéndose:
 — Sí, señor, lo soy; pero cuando viajo, no
 me gusta darme tono.

Desesperado un cesante por la escasez
 de fondos y la carestía, cogió una pistola y
 salió de noche á acechar á los transeúntes.
 Pasa un caballero, que venía del teatro, y
 — ¡Alto! ¡La bolsa ó la vida! — le dice el
 cesante.

El transeúnte conoce que su agresor no
 es ladrón de oficio, y le replica:

— Señor mío, usted es un hombre de bien,
 arrastrado al crimen por la necesidad; va
 usted á cometer una mala acción, y llenar-
 se de remordimientos. Pues bien, no quiero
 que se manche con esta primera acción.
 ¿Quiere usted dinero? Tome usted dos mil
 reales que llevo; tome también mi reloj;
 todo se lo doy de buen grado; y en cambio,
 para recuerdo, regálemme esa pistola.

Accedió el otro; tomó dinero y alhaja, y
 dió el arma.

Apenas el transeúnte la tuvo en la mano,
 exclamó con aire de triunfo:

— Ahora que soy dueño de la pistola, de-
 vuélveme lo que te he dado, ó te abraso los
 sesos.

— ¡Quiá! — replicó nuestro hombre echan-
 do á correr; — ¡tire usted! ¡tire usted!... ¡no
 está cargada!

Y así era, en verdad.

Dibujé un día un pollino,
 A mi parecer, tal cual,
 Pero al verlo don Gabino
 Me dijo que estaba mal.

Con mucha sorna al instante
 Le repliqué al buen señor:
 — Ya lo hubiera hecho mejor
 Teniéndole á usted delante.

Más que el odio de un hombre, temed el
 amor de una mujer. — Sócrates.

Ilusión óptica



— ¡Pero qué pareja tan desigual! — se
 les ocurrirá decir á ustedes.



... sin embargo, al terminar las carre-
 ras, será fácil que cambien de opinión.



— Señor, vengo en demanda de socorro. Acabo de salir del hospital, donde he sufrido una operación que me imposibilita para ganarme la vida.

— ¿Trae usted certificado del doctor?

— No, señor.

— ¿Pues entonces, quién me prueba que sea cierto lo que usted dice?

Un buen hombre se queja de una persona á quien ha hecho un favor, y dirigiéndose á un amigo, le dice:

— Usted sabe el servicio que acabo de hacerle la semana última; pues bien, al día siguiente, dijo de mí horrores. Ya ve usted que esto es un poco fuerte.

— No— contesta el amigo;— es un poco... pronto.

El corazón de una mujer es una sima, de lo que nadie conoce el fondo.

Mme. Riccoboni.



Un héroe

— ¡Dios mío! ¡Un infeliz que está ahogándose! Voy corriendo á aprender á nadar, para venir inmediatamente á salvarle.



A lo vivo

EL GENERAL. — ... Pues señor,
Subimos al parapeto,
Y yo, revólver en mano,
Grité, enardecido: «¡Fuego!»

Un hombre más inclinado á conservar su vida de lo que permitían las leyes del duelo, rió con otro más viejo que él; y habiendo rehusado algunos encuentros, daba por disculpa que no había querido llegar al viejo.

A lo cual, observó un chusco:

— No fué por no llegar al viejo, sino por llegar á viejo.

En el café:

El marido. — ¡Eh, mozo; traiga usted cigarros!

La mujer. — ¡Pero, hombre! ¿por qué pides cigarros, teniendo la petaca llena?

— ¿Y cómo lo sabes?

— Lo ví esta mañana, al buscar las zapatillas.

Un ciego pedía limosna á la puerta de una iglesia, acompañado de su hija, de diez años. Cierta día, la niña está sola, y un «parroquiano» del ciego le pregunta, dándole cinco céntimos:

— ¿Y tu padre?

— ¡Ay, caballero!... Una nueva desgracia... Papá ha recobrado la vista.

Un amigo nuestro tiene la costumbre de no beber vino en los establecimientos balnearios que frecuenta.

Cuando alguien le interroga, preguntándole la causa de esta costumbre, responde siempre:

— El médico me tiene prohibido mezclar aguas.

Horas antes de expirar
La esposa de Luis Padró
Preguntó á éste:— ¿Muerta yo,
Te volverás á casar?

Y él por no causarle enojos,
Le dijo en trance tan duro:
— ¡Casarme otra vez! Te juro
Que no lo verán tus ojos.

Liborio Porset.

Fué á ver si le contrataban
Un cómico muy tronado,
Y después de mil apuros
Hablóle así al empresario:
— Cuando represento un drama
Siempre al público entusiasmo;
Mi nombre es muy conocido...

— ¿Cómo se llama usted?

— ¡Pablo!

E. Guillar Clari.

Pasatiempos

(Las soluciones en el número próximo.)

CHARADA

Tengo primera tercera,
Desde que sé que perdiste
Tu hermoso dos tras primera
Y por lo tanto viniste
A ser prima dos tercera.

ENIGMA

El sol fué quien me dió vida,
Y el sol me suele acabar;
Ilago á la gente asombrar
Y aunque del agua nacida,
Al aire vuelvo á parar.

ADIVINANZA

¿Cuál es de los animales
Aquel cuyo nombre tiene
Todas las cinco vocales?

Soluciones

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA. — Homeopatía.

ADIVINANZA. — Aire.

ENIGMA. — Escoba.

Imprenta de Henrich y G.^a en cta. — Barcelona

EL PÉLE-MÉLE

Será la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique
Paris, 65, Rue de Rivoli.

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Richardin L'ART DU BIEN MANGER

Fórmulas inéditas de los Grandes Restaurantes parisienses y maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

Grabados indicando los trozos y clases de carnes de matadero y modo de arreglar las aves y caza para el asado.

Indicaciones para el servicio de los vinos.

89 Sopas distintas.

80 Salsas distintas.

50 maneras de guisar pollos.

50 maneras de guisar bacalao.

100 maneras de guisar huevos.

50 maneras de guisar patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS:

Inglés, Alemana, Rusa, Italiana, Americana y Española
por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.º mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

BIBLIOTECA

de

Novelistas del Siglo XX

En esta Biblioteca se publican sucesivamente novelas de insignes literatos españoles, editadas con mucho esmero.

Miguel de Unamuno.
Amor y Pedagogía.

J. Martínez Ruiz.
La Voluntad.

Antonio Zozaya.
La Dictadora.

Timoteo Orbe.
Guzmán el Malo.

Dionisio Pérez.
La Juncalera.

Rafael Altamira.
Reposo.

Pío Baroja.
El Mayerazgo de Labran.

Emitio Bobadilla (Fray Candil).
A fuego lento.

José del Casho.
Meccas y Espumas.

Ernesto López (Claudio Frollo).
Esquí.

Arturo Campión.
La Bella Esce.

Luís López Alizad.
La Enramada.

Romero de Mazza.
La Mujer fuerte.

De venta en las principales librerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C.^ª, Editores

BARCELONA

VERDADEROS GRANOS de SALUD



del Dr. FRANK
¡Unsiglo de éxitos, por todo el mundo!
Contra el ESTREÑIMIENTO
y sus consecuencias:
Inapetencia, Jaqueca,
Embarazo gástrico, etc.
EXIGID SIEMPRE los VERDADEROS,
con Etiqueta en 4 colores,
análoga a la del margen, y el
Nombre del Dr. FRANK
sobre cajas amilas, cuyo fee-simile
damos también al margen.
H. 504/1 caja (30 gr) 34. caja (105 gr)
Es el mejor, el más cómodo y el más
barato de los Remedios.
A cada caja acompaña una
instrucción detallada.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

No emplees
sino las **PLACAS JOUGLA**
Y PAPELES

LOS MESES

TEXTO de los Sres. Alarcón, Cam-
poamor, Canovas del Castillo,
Castelar, Echegaray, Ferrari,
Mañé y Flaquer, Núñez de Arce,
Palacio, Pereda, Pérez Galdós,
Trueba y Valera.

ILUSTRACIÓN de los Sres. Benlliure,
Dominguez, Ferrant, Gálfofre,
Martínez Cubells, Más y Fontde-
vila, Mestre, Moreno Carbonero,
Pellicer, Plasencia, Riquer,
Villegas y Villodas.

NUOVA EDICIÓN MONUMENTAL EN PAPEL VITELA
Precio del ejemplar, 80 ptas.
Por suscripción, 5 ptas. cuaderno.
Henrich y C.^ª, editores. — Barcelona

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en
San Andrés de Palomar — Barcelona
Valor: 5000 pesetas.

DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN
Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA